

LOS CAMINOS INCIERTOS DEL VÍNCULO¹

*Gabriel Gatti**
*Elixabete Imaz***
*Maria Martinez****
*Cynthia Sarti*****

Este texto quiere proponer algunos caminos para responder a una demanda, la de repensar la noción de vínculo social. La demanda resulta tanto de un debate, muy generalizado en el campo de las ciencias sociales y especialmente las dedicadas al estudio del parentesco, que se interroga por la vigencia de las herramientas teóricas heredadas para pensar el vínculo, sobre todo cuando nos enfrentamos a situaciones empíricas propias de lo que llamamos “desaparición social”, esto es, la producción sistemática de vidas fracturadas, de existencias en las que se quiebra lo que daba consistencia y sentido a la vida, incluyendo los vínculos. Alejándonos de argumentos de tono apocalíptico, que vaticinan el colapso sin remedio de la vida tal y como la conocíamos, y también de otros más ingenuos, confiados en su recuperación, apostamos por entender el vínculo en las situaciones en las que este parece negado o insostenible pensándolo en el terreno de un hacer que se articula sobre tres verbos: emparentar, buscar, sustanciar. Cerramos el texto apostando porque ese movimiento ha de ir acompañado de un replanteamiento de nuestros modos de hacer ciencias sociales.

PALABRAS-CLAVE: Vínculo. Desaparición social. Vidas precarias. Emparentar.

PRESENTACIÓN

Trabajamos sobre uno de los más viejos *dados por supuesto* de las ciencias sociales, sobre una de nuestras presunciones no cuestionadas, sobre un soporte sin el que estas ciencias

parecen imposibles, el de vínculo. Lo hacemos a partir de la experiencia de investigación en situaciones de profunda precariedad (Tsing, 2017) y aspiramos a sugerir herramientas que sirvan para adaptar la noción de vínculo al mundo que habitamos. Es en esas situaciones – en las que nos encontramos con vidas fracturadas, con existencias que “no tienen a nadie”, para las que se quiebra la consistencia que, para nosotros y nosotras, científicos sociales, daba sentido a la vida social – de donde surgen nuestros interrogantes; en ellas queda poco de la idea heredada de existencia, y nada parece funcionar como debe. Ahí, encontramos sujetos sumidos en precariedades, vulnerabilidades e invisibilidades extremas, personas instaladas en la muerte social (Patterson, 1982), gente que dejó de serlo, exhumanos (Wynter, 2003). Se ven, los hemos visto, por todas partes: en las calles de cualquier ciudad latinoamericana, en la travesía del desierto de Sonora, en México, o la del Sahel, en África, o a punto de cruzar el Mediterráneo sin saber si su vida es vida o muerte (Kobelinsky, 2017) o en los territorios palestinos ocupados o en los campos de refugiados... En esas existencias, desamparadas, desarraigadas, descuidadas, hay, sin embargo,

* Universidad del País Vasco (UPV/EHU). Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación. Departamento de Sociología y Trabajo Social. Barrio Sarriena s/n, 48940. Leioa – Bizkaia – País Vasco. g.gatti@ehu.es <https://orcid.org/0000-0002-0435-5074>

** Universidad del País Vasco (UPV/EHU). Facultad de Educación, Filosofía y Antropología. Departamento de Antropología Social. Avenida Tolosa 7, 20018. Donostia – San Sebastian – País Vasco. elixabete.imaz@ehu.eus. <https://orcid.org/0000-0003-3331-6194>

*** Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Departamento de Sociología III (Tendencias Sociales). C/ del Obispo de Trejo 2, 28040. Madrid – España. mariamartinez@poli.uned.es. <http://orcid.org/0000-0001-9337-3225>

**** Universidade Federal de São Paulo (UNIFESP). Escola de Filosofia, Letras e Ciências Humanas. Estrada do Caminho Velho, 333. Cep: 07252-312. Guarulhos – São Paulo – Brasil. csarti@uol.com.br <https://orcid.org/0000-0002-6962-3527>

¹ Este trabajo resulta de nuestra participación en la investigación “ViDes. Vidas descontadas: refugios para habitar la desaparición social”, financiada por el Ministerio de Ciencia e Innovación (MICIIN) español (código PID-2020-113183GB-I00). En los primeros pasos de la discusión que derivó en la redacción de este texto participó Magdalena Caccia. En todo el proceso, tomaron parte también, directa o indirectamente, los y las colegas que investigan con nosotras en ViDes, a quienes agradecemos su trabajo.

rastros de vida. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible, sí, que en esas situaciones encontremos vínculos, formas de “estar juntos” que evocan el parentesco, la continuidad generacional, el cuidado, la protección, el lazo compartido? Y ¿cómo encarar desde las ciencias que practicamos los que firmamos este texto – antropólogas y sociólogas – semejante problema, que percute sobre las bases que les dan fundamento, que son nuestra coartada?

Para enfrentar ese problema no nos protegemos en la excusa de algún argumento apocalíptico, que afirma que ya no queda nada de la vida social que conocimos, que nada es útil, entonces, en el legado teórico y metodológico de las ciencias sociales, que lo que ellas fueron capaces de entender ya no existe y que nuestra herencia no sirve. Pero tampoco pretendemos caer, inocentemente, en la tentación de enaltecer la fuerza de alguna vieja “energía social” que empuja a un “estar juntos” que, de tan fuerte, persista incluso por debajo de lo que parece destruirlo y, desde ese canto esperanzador, bucear en los fondos de nuestras bibliotecas para rescatar lo que sabíamos y olvidamos. Ni apocalípticos ni nostálgicos, o inocentes: sabemos que, en incontables situaciones, las condiciones de posibilidad de muchas formas de existencia están en cuestión, y que eso es un problema para nuestro patrimonio teórico y metodológico; sabemos también que sin embargo se existe, y que eso abre una puerta para, revisándolo, acudir a ese patrimonio. Trabajamos en este texto, entonces, en el centro de esa tensión, en donde se ven atrapadas y se ponen a prueba muchas de las herramientas y de los conceptos que forman parte de nuestra herencia teórica y metodológica. No se trata aquí de hacer, una vez más, una revisión ni crítica ni histórica de esas categorías – vínculo y vida. Es algo de lo que otros han dado ya cuenta con profundidad. Nuestro objetivo es plantear herramientas que permitan abordar el problema del vínculo en situaciones concretas, esas en las que se pone en tensión la vida al tiempo que, sin embargo, se habita (Haraway, 2019).

Esa tensión la abordamos en este texto a través de la categoría de desaparición social (Gatti, 2022). Esa categoría, que es también situación social, nos permite retomar el debate sobre las herramientas teóricas y metodológicas que usamos para analizar y contar el mundo. Tras desarrollar brevemente lo que entendemos por desaparición social, y describir con ello un mundo de tonalidad *des-* (*desprotegido*, *desvinculado*, *descuidado*, *desarraigado*, *desamparado*), presentaremos varias herramientas para entender cómo se modula el vínculo, en particular el de parentesco, en situaciones de desaparición social acudiendo a un argumento que madura atendiendo a tres acciones: emparentar, buscar, sustanciar. Tras eso, si el argumento trabaja adecuadamente, conseguiremos hacer ver a través de varias viñetas etnográficas que en situaciones en las que la vida no parece posible, o, cuando menos, lo que se ve no se parece a lo que entendíamos por vida, se vive, y se tejen vínculos precarios, provisionales, bizarros a veces, pero que ayudan a hacer vivible lo que no lo aparentaba.

LA DESAPARICIÓN SOCIAL, LA (IM)POSIBILIDAD DE LOS VÍNCULOS Y LA CRISIS DE UNA HERENCIA

En los últimos años conceptos como vida, existencia, sujeto, ciudadano, individuo, sociedad o humano, la base de nuestros supuestos teóricos, también de nuestros métodos para acercarnos a eso que llamamos “realidad”, están en juego y su puesta en cuestión, más si, como ha sido, lo es por presión de la empiria, ha supuesto una convulsión. En efecto, hoy se han desnaturalizado las evidencias que sostenían nuestra forma de entender la existencia en común y se ha consolidado el diagnóstico que certifica su declive.

Tras ese diagnóstico y tras la larga serie de defunciones – de lo social, del sujeto, del actor – que lo acompañan, han llegado reaccio-

nes distintas. En un extremo las apocalípticas: nada persiste. En el otro, las que niegan toda crisis, definen el presente con relación a un pasado pensado desde nuestras viejas “hipótesis de seguridad” (Pérez-Agote, 1989), y miran con nostalgia; son muchas y no renuncian un ápice ni a las teorías ni a los métodos que nos fueron legados.

Algunos desarrollos han propuesto lugares de tensión entre la evidencia del cambio de época, la certeza de que a la destitución del viejo orden no le sucede otro y el convencimiento de que algo de los viejos aparatos de análisis aun sirve. Así, los conceptos de catástrofe (Lewkowicz, 2004), de ruina (Stoler, 2013), de incertidumbre (Ramos; García-Selgas, 2020) o, más recientemente, los de Antropoceno (Tsing, 2017; Haraway, 2019), vulnerabilidad o precariedad (Butler, 2006; Le Blanc, 2007) ayudan a dibujar una época en la que la crisis no es un dato pasajero sino estructural, y sitúan la incertidumbre no en el futuro sino en un rabioso presente, ocupándose luego de encarar la pregunta por cómo se habita y se piensa ese presente tan incierto. “¿Qué ocurre si nuestro tiempo está ya maduro para sentir la precariedad? ¿Qué ocurre si la precariedad, la incertidumbre, y cosas que imaginamos triviales están en el centro de lo que estamos queriendo encontrar?”, se pregunta Anna Tsing (2017, p. 34). ¿Qué vida es posible cuando la precariedad no es excepción, algo pasajero y reversible, sino condición general? ¿Cómo es el mundo de “después de las protecciones” (Castel, 2002)? El de antes se desmoronó, desaparece, y en él se desaparece. Nuestra idea heredada de vida no funciona, pero, sin embargo, se vive y se habita: ¿de qué manera contarlos?

El equipo de investigación que lleva adelante el proyecto en el que se basa este texto, ha desarrollado una herramienta, teórica y empíricamente original, y útil, la desaparición social. Evoca la incertidumbre permanente, la indefinición entre la vida y la muerte, la ruptura sin arreglo de las cadenas filiatorias y hasta del sentido mismo de “vida” o “existencia”.

Los términos “desaparecido” y “desaparición” nacieron con las desapariciones políticas de los setenta, y con la resistencia a sus consecuencias, pero han ido más allá, transnacionalizándose con enorme rapidez (Gatti, 2017a), alcanzando territorios inesperados en los que han ganado capas de complejidad. Hoy, son un recurso extendido en el campo académico y fuera de él, donde “desaparecido” y “desaparición” sirven como herramientas para nombrar situaciones de sufrimiento fuera de lo común: abandono de grandes colectivos o poblaciones, vidas descuidadas, la vida en circunstancias de extrema vulnerabilidad (Gatti, 2022). Así, desaparición y desaparecido hoy ayudan a certificar el quiebre de nuestras “hipótesis de seguridad”, describen y califican paisajes llenos de algo muy extremo, de masas de cuerpos vivos a los que les pasan cosas, de cuerpos sin valor político, que no tienen cobijo, ni refugio, de vidas que no caben en las categorías disponibles, que no las registran, ni siquiera en categorías que comúnmente clasifican vidas en situación precaria.

A eso llamamos “desaparición social”. Es un término que apunta a un territorio complejo, que toma forma en la tensión entre dos dinámicas. La primera es la de producción sistemática de sujetos en el límite de lo reconocible, fuera de los marcos de percepción compartidos, para los que no existen ya o para los que están dejando de existir. Son vidas afectadas por un triple descuento: (des)contadas, que no se cuentan en el sentido de que quedan fuera del relato común, que no se incluyen en las narrativas con las que imaginamos (sentimos, leemos, oímos, vemos) el mundo; vidas (des)contabilizadas, que no se cuentan en el sentido de que están fuera de las cuentas, que no se incorporan en los dispositivos de registro de la población; vidas (des)cuidadas, que no se cuentan en el sentido de que no se cuidan, que no se tienen en cuenta, que no importan. La segunda dinámica es de orientación contraria, de construcción de lugares donde la desaparición, si no se supera, se habita, se gestiona, de espa-

cios – físicos o no, raramente duraderos, pocas veces estables, casi nunca dotados de la fuerza de lo institucional – donde lo heredado, precariamente, se hace posible y la precariedad, precisamente, resulta habitable. A efectos de este texto, e inspirándonos en esa sentencia de Donna J. Haraway (2019) según la cual el mundo contemporáneo se ha llenado de refugiados pero se ha quedado sin refugios, nombramos esos lugares como refugios, entendiendo que, por provisionales y fugaces que resulten, es en ellos donde la vida se hace posible. Pueden recibir diferentes nombres – reservas, asilos, cobijos, santuarios –, pero todos sirven de protección. Allí, se rehace lo que la desaparición ha deshecho: existir, contar de nuevo, en el triple sentido, narrarse, registrarse, ser cuidado y cuidar, aunque sea por un ratito. Y se generan vínculos, los que la desaparición ha quebrado. Ambas dinámicas son complementarias: la desaparición social no puede entenderse sin considerar los lugares para “habitar el problema” (Haraway, 2019). Siendo así ¿podemos conformarnos con un diagnóstico apocalíptico que diga que nada de lo heredado sirve? Y si no, ¿basta uno nostálgico y conservador que sostenga que la vida, sin embargo, subsiste? O al contrario, debemos asumir las paradojas de nuestro presente, hacernos cargo de que no son pasajeras sino estructurales e imaginar herramientas para, sin necesariamente pretender superarlas, entenderlas.

Con esa tensión en nuestro horizonte las firmantes de este texto hemos procurado dotarnos de herramientas para resolver cuestiones relacionadas con lo que de manera muy genérica podría pensarse como la *pregunta por el vínculo social*. Esa pregunta procede de dudas más específicas sobre la naturaleza del lazo de parentesco en el mundo contemporáneo, que nacen del análisis de las referencias a la familia, el vínculo de sangre, la continuidad entre generaciones... en terrenos en los que nada hay de eso o cuando lo que hay no se parece a lo que pensábamos que era eso. No pretendemos hacer una revisión histórica situada

de esos debates; mucho menos aun resolver asuntos de tanto calado. Sí nos interesa ayudar a darle forma a algunas herramientas para poder encarar ese problema. ¿Cómo repensar el vínculo en contextos atravesados por fracturas devastadoras? Y específicamente ¿cómo repensar en ellos el vínculo de parentesco? ¿Con qué piezas se construye ahí la idea de familia cuando nada con sentido parece poder armarse? ¿Cómo se piensa la duración si bajo cualquier forma el sentido común parece contrariar esa posibilidad?

La idea de que las viejas formas del lazo social están en crisis persigue a las ciencias sociales como un mantra ya desde los años 80 y 90 del siglo XX, cuando se vaticinaba el fin de la familia y la comunidad y el advenimiento de una sociedad de individuos aislados y atomizados, liberados de las redes que en las sociedades tradicionales constituían el sostén social de la identidad y material de las personas (Shorter, 1977). En el campo de los estudios del parentesco, la demoledora crítica de David Schneider (1984) desestabilizó ese campo al refutar que el parentesco fuese una categoría transcultural. Sin embargo, con el cambio de siglo, propuestas como la de *relatedness* de Janet Carsten (2008) impusieron un giro en la reflexión académica, posibilitando revisar nociones como identidad o persona, entendida como ser relacional, resultado de los vínculos biológicos y sociales que la constituyen (Porqueres, 2012). Se redescubre, así, la idea del vínculo (Sahlins, 2013).

Simultáneamente, en el plano jurídico y político se redefine la institución familiar y se reivindican cambios legislativos que promueven formas de convivencia cuyo rasgo común es que no tienen como origen actos procreativos, sino la voluntad de ser familia (Imaz, 2018). La familia, concebida como institución diversa, se reivindica entre quienes antes la repudiaban o se sentían excluidos de ella, i.e. las “familias de elección” LGTB (Weston, 1991; Imaz, 2016). Estos vínculos ya no se construyen a partir de un lenguaje biogenético y/o

jurídico, sino que contienen una dimensión simultáneamente moral, cotidiana y cooperativa, que delimita los contornos de la familia como aquellos en los que puedes confiar y con los que puedes contar (Sarti, 2011). Lo importante es el “estar juntos” (Weber, 2013). La familia, el barrio, los grupos de pares se reinventan y encuentran una nueva centralidad en las formas en las que las personas se representan a sí mismas y a su lugar.

Las preguntas que nos hacemos, articuladas a partir de las reelaboraciones teóricas que emergieron de la crisis del campo de los estudios de familia y parentesco, apuntan a pensar en cómo estos vínculos se producen, son producidos por y/o están presentes en la desaparición social. ¿Qué comparten quienes sobreviven en los espacios, materiales y no materiales, signados por la desaparición social? ¿Qué formas de estar juntos se desarrollan en estos espacios (refugios)? ¿Son estos vínculos que aparecen en esa situación que llamamos “de desaparición” asimilables a “los otros” vínculos, los de las vidas que podemos llamar “ordinarias”, “normales”, “comunes”? ¿Es posible siquiera el vínculo, definámoslo o no como de parentesco, en esas situaciones extremas? Apostamos por responder a esas preguntas pensando el vínculo no como algo del orden del *ser* o del *tener* – algo que se hereda, que no se sabe que se tiene, pero se usa, un dado por supuesto – sino como del orden del *hacer*: duren poco o mucho, son prácticas que requieren trabajo, movimiento, que exigen flexibilidad y posicionamiento, en fin, agencia.

Esa propuesta está sostenida en los resultados de investigaciones sobre el terreno desarrolladas a lo largo de varios lustros, dentro del programa de investigación “Mundos de víctimas” y particularmente dentro del proyecto “Vidas Descontadas. Refugios para habitar la desaparición social”². En ese programa y en

ese proyecto nos hemos acercado a situaciones cada vez más extremas, hasta abordar aquellas atravesadas por la desaparición social: los migrantes desaparecidos, los refugiados sin refugio, las mujeres tratadas, las vidas sin registro, los cuerpos sin nombre... Están por todas partes: en España y Francia, en México, Argentina, Brasil o Uruguay. Aquí presentamos algunos resultados de esos acercamientos en forma de viñetas etnográficas. Algunas son nuestras, otras son de miembros del equipo de investigación de esos proyectos. Todas permiten dar forma a las tres herramientas que consideramos necesarias para pensar el vínculo en situaciones de desaparición social.

CONSTRUYENDO VÍNCULOS EN LA DESAPARICIÓN SOCIAL

El orden del *hacer* por el que apostamos para pensar el vínculo pivota en este texto alrededor de tres verbos: emparentar, buscar, y sustanciar. Pensar, primero, *emparentar*, nos ayuda, además de a colocarnos en posición de dialogar con un campo de las ciencias sociales imposible de desatender si lo que se quiere es repensar el vínculo social, a ponernos enfrente de un concepto, el de parentesco, que desde hace ya tiempo trabaja la antropología dedicada a esa área tan central de la disciplina desconectándolo del soporte biogenético del que parecía no poder desligarse. Abordar el segundo verbo, *buscar*, nos confronta, de una parte, con el trabajo de quienes *hacen parentescos*, esto es, de quienes buscan construirlos por encima de las limitaciones de la herencia, y, por otra, nos acerca a una de las acciones más específicamente relacionadas con la desaparición, una de sus palabras clave, pues donde hay desaparición se busca (se buscan cuerpos, identidades, historias perdidas) y en esa búsqueda se construyen y reconstruyen comunidades, familias, parentescos. Y, por último, el tercer verbo, *sustanciar*, permite dialogar con propuestas que revisan las bases de las relaciones

² La información sobre el programa y el proyecto se puede encontrar en su página web: <https://vides.kontulab.eus/>. Algunas de las viñetas que se usan en este texto están contenidas en el apartado “Catás y viñetas” de esa misma web: <https://vides.kontulab.eus/pre-textos-y-estados-intermedios/pagina-vinetas/>.

sociales o los soportes de formas de construir y sostener el vínculo, que pueden ser materiales o inmateriales, concretos o intangibles, incluidos, así, los que se hacen a distancia, de manera intermitente, o que se sostienen en algo tan vago como un fantasma o un espíritu.

Desarrollando así nuestro argumento no llegaremos a un repaso del estado de la cuestión de los debates que en ciencias sociales se interesan por el vínculo social, una tarea que bordearía lo épico. Pero sí obtendremos un panorama suficientemente rico de las discusiones que permiten hoy repensar el tema del vínculo en ciencias, las nuestras, cuyos fundamentos se ven cuestionados por las evidencias empíricas que proporciona un mundo que ya no dialoga bien con sus viejos conceptos, el del vínculo incluido. ¿Desde qué fundamentos podemos pensar el vínculo en situaciones de desaparición social? ¿Cómo podemos investigarlo? A estas preguntas, de un modo aún tímido, procuraremos contestar tras revisar lo que estos tres verbos —emparentar, busca, sustanciar—, significan y sugieren para entender un mundo globalmente marcado por lo mismo: la precariedad, el fragmento, la descomposición, y también la vida.

Emparentar

Emparentar es un verbo que aparece en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española con diversas acepciones, que apuntan todas a la diversidad de modos en los que alguien o algo se emparenta. Así, en su uso más común emparentar es “contraer parentesco por vía de casamiento”. Si de alguien se dice que está “bien emparentado”, quiere decirse que esta persona tiene parentesco con una casa ilustre. En otra de sus acepciones y trascendiendo el mundo de los humanos emparentar se refiere a “adquirir una cosa relación de afinidad o semejanza con otra”. Vemos así que no solo se emparentan las personas, sino también las cosas. Para ambos casos, los sinónimos que se designan son entroncarse o enlazarse.

Por otro lado, la forma transitiva de emparentar se refiere a “señalar o descubrir relaciones de parentesco, origen común o afinidad”. Esto requiere explicitar, desvelar, recordar, descubrir, en definitiva, describir los vínculos de modo que el parentesco no solo se visibilice, sino que, simultáneamente se precipite o se cree. Sus sinónimos serían vincular y relacionar.

En todos los casos, emparentar remite, pues, a una noción de parentesco estratégica, voluntariosa, y, en cuanto tal, activa y/o dinámica: una persona se hace, se va convirtiendo en pariente, aunque también puede desemparentarse —un verbo que no existe para el DRAE más que como forma de participio, “desemparentado”, para referirse a la persona sin parientes. Emparentar es en definitiva la acción de “hacer parientes”, rebatiendo así la idea de que los parientes “son” o “se tienen”, que un pariente es algo dado.

Hacer parentesco, o vínculo, puede parecer ser, *a priori*, una contradicción: el parentesco o los vínculos no se hacen, sino que “son” (“yo soy de esta familia”) o “se tienen” (“yo tengo o aquellas relaciones sociales”); se nace con ellos. Por ello el verbo emparentar tiene algo aparentemente paradójico y contrasta con la certeza de que el parentesco *viene dado* por un vínculo de sangre, biogenético, por nacimiento... En definitiva, el convencimiento de que el parentesco *es* y *ha sido* una relación que se constituye en el vínculo de sangre.

En la etnografía [fuera de Europa o] no occidental la antropología ha sabido encontrar o ha “descubierto” esta concepción activa de parentesco de forma explícita: la convivencia y la comensalidad, la participación en algo, la adquisición y producción de una misma sustancia... El parentesco es entendido como un proceso en el tiempo, a lo largo del cual el emparentamiento (el parentesco mismo) puede densificarse o aligerarse, incluso diluirse, como sugiere Carsten (2007).

Esa concepción activa del parentesco, es decir, que el parentesco está haciéndose, no está ausente tampoco en la concepción euro-peamericana contemporánea. Muchos pueden

ser los ejemplos: uno de ellos es el trabajo de Martine Segalen (2002) sobre el interés creciente por las genealogías familiares. La autora ha mostrado que la genealogía no sólo recoge parentescos previos, sino que estos se conforman a través de esas genealogías; eran un parentesco en potencialidad. Y si miramos hacia el pasado, encontramos en la historia europea muchas formas de parentesco que no se organizan en torno a la sangre ni a otros vínculos biogenéticos y se pueden constatar las sistemáticas estrategias y esfuerzos de emparentar gente y crear parentesco ajenos al vínculo de sangre: las adopciones y los diversos modos de circulación de niños o los matrimonios, los de conveniencia y los concertados, en especial entre las clases altas, responden a esta intención de generar red de parentesco. Pero también el parentesco espiritual tuvo una larga tradición en la Europa medieval, aunque haya llegado apenas como vestigio a nuestros días. De hecho, en el mundo católico, el parentesco espiritual (padrinazgo, madrinazgo, compadrazgo...) tuvo que ser controlado y limitado por la iglesia para contrarrestar la extensión y el entramado de vínculos que se sobreponían y competían con el entramado del parentesco de sangre. Tanto es así que se obligó a reducir este parentesco espiritual a un solo padrino y madrina por niño o niña y se promovió que estas figuras preferiblemente se yuxtapusiesen al parentesco de sangre (los abuelos, abuelas, tíos y tías pasaron a ser a partir de entonces los candidatos preferentes al madrinazgo y al padrinazgo). Genealogías, matrimonio, adopción, parentesco espiritual son, en definitiva, ejemplo de modos activos de generar parentesco entre gente sin vínculos biogenéticos previos, que no vienen dados por nacimiento.

Emparentar contribuye, así, a hacer tambalear la idea de que un pariente es algo dado. Remite a una noción de parentesco voluntariosa, estratégica o, al menos, activa y/o dinámica: una persona se hace, se va convirtiendo en pariente, pero también puede desemparentarse. Emparentar es, entonces, un buen camino

para pensar el vínculo en situaciones de desaparición social que contradicen la posibilidad de vínculo si este lo leo desde la teoría heredada que conjuga el vínculo con verbos como el ser y el tener, y no el hacer. Emparentar es, por ello, nuestro punto de partida para pensar el vínculo en la desaparición social.

Buscar

En los primeros días de noviembre de 2018, en Ciudad de México, tuvo lugar el Foro Mundial de las Migraciones, que reservó un espacio algo separado del resto del foro, la I Cumbre Mundial de Madres de Migrantes desaparecidos, un acto fundacional, que reúne a mujeres de México, Túnez, Marruecos, El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Honduras, Mauritania, Argelia o Senegal, todas con la mochila repleta de historias terribles. Con la ayuda de muchos mediadores, necesarios, pues esas mujeres no hablan la misma lengua ni conocen ninguna lengua común a todas, aguantan mesas y mesas, escuchan intervenciones expertas, testimonian de la vida de sus hijos y de las suyas tras la desaparición de los hijos. No se entienden, no al hablar, pero sus historias tienen denominadores comunes que las categorías que las convocan, desaparecido y desaparición, parecen resumir bien. El diálogo se habilita; el contacto se hace posible, también la mirada cómplice cuando una testimonia y la otra escucha, y la indígena guatemalteca que habla se reconoce en la habitante del Sahel, y las mujeres del Atlas marroquí ven historias comunes con las madres de muchachos que huyeron de la mara M18 en El Salvador. El diálogo se amplía incluyendo también a madres y familiares de desaparecidos mexicanas, masa pobre de Guerrero, de Chiapas, de Tabasco, de Baja California, de Tamaulipas.

Los días transcurren, y de a poco esas extrañas se conocen. En la última jornada, los afectos entre ellas han crecido, alcanzando su máxima expresión cuando se declaran todas ellas familiares, no de sus hijos desaparecidos sino entre ellas. No es la primera vez que esta figura – el desaparecido – soporta estos parentescos vicarios. Pasa en cualquier mundo de víctimas, en España por ejemplo con los bebés

robados que se dicen “germanets/hermanos” o en Argentina cuando en los años 90 del siglo XX las Madres de Plaza de Mayo ampliaban los límites de la afectación por la desaparición de sus hijos a todas las demás madres (“Todos los desaparecidos son nuestros hijos”) o en Uruguay, en la segunda década de este siglo, cuando se movilizó el lema “Todos somos familiares”, que ensanchaba la familia a la sociedad entera, que, así, se hacía cargo de un problema que no era íntimo ni privado sino de todos.

Gabriel Gatti, Ciudad de México, 1/11/2018 (Gatti, 2022, p. 174-176).

Lo que sucedió en Ciudad de México en la I Cumbre Mundial de Madres de Migrantes Desaparecidos no es una particularidad de esas madres de desaparecidos, ni está limitado a esa forma de desaparición, la vinculada a las migraciones. En muchos de los lugares que fueron atravesados por las desapariciones forzadas, particularmente en el Cono Sur de América Latina, se articularon vínculos *de parentesco* entre quienes reclamaban ante el Estado por las desapariciones de sus familiares. Reivindicando, reclamando fueron conformando “comunidades de dolor o sufrimiento” en las que el vínculo se fue constituyendo a partir del hecho de compartir la experiencia de desaparición de un familiar (Das, 2008; Jimeno, 2008; Leite, 2004; Vianna; Farias, 2011). Fue el caso en Argentina, donde madres, abuelas e hijos e hijas de desaparecidos construyeron comunidades que desde su nombre llevan la marca del lazo familiar (Madres de Plaza de Mayo, Abuelas, H.I.J.OS.) y que, apelando a la sangre compartida, en fin, al argumento biológico, dieron forma a verdaderos diccionarios de acción colectiva sostenidos por un lenguaje asociado a esos humores. Ese lenguaje va más allá de los límites de esos grupos (Gatti; Mahlke, 2018; Sosa, 2014; Vecchioli, 2013), y trasciende a la sociedad en su conjunto, haciéndose, incluso, global: la familia no es solo *la familia*. Más allá de los casos asociados a las desapariciones, en otras formas de victimización (Ferrandiz, 2014; Fonseca, 2018), el vínculo de parentesco también nombra otras “comunida-

des de dolor”. Así, en España, donde grupos de víctimas acuden a referencias propias del lazo familiar para pensarse como comunidades afectivas (Gatti, 2017b), por ejemplo, entre los bebés robados, o entre las víctimas de violencia de género (Martínez, 2018), que se dicen “hermanos” o “hermanas” y están unidos por el dolor compartido, ese que los hace familia.

El uso de un lenguaje que evoca el vínculo del parentesco derivó en estos casos de que las personas dañadas se encontraron en el espacio público y se asociaron tomando eso, su parentesco con las víctimas, como su dato común: los vinculó el hecho de ser todas madres, o hermanos, o abuelas. En casos de desapariciones más recientes, casos de los que México es el paradigma, “buscar” se ha convertido en el verbo central cuando nos referimos a las desapariciones forzadas e involuntarias (Irazuzta, 2020) y esa acción común crea comunidad. Buscan cuerpos (con sus propias manos, con sus propias pericias indiciarias, con sus propios mapas), buscan identidades (en los archivos, en los registros, en las historias que cuentan otras personas). Buscan, en general, a sus familiares, a sus familias de sangre. Y aunque esa búsqueda del familiar *de sangre* no siempre es exitosa, sí lo es otra, la que les deja *hacer* parentescos, nuevas familias, que van mucho más allá del lazo biológico. En ellas, se unen los cuerpos de las buscadoras con la tierra que rascan para encontrar los cuerpos, y todo eso con el paisaje en el que se envuelven para dar con lo que buscan, y todo eso con el tejido asociativo que han ido creando para ese trabajo... (Rea, 2022). Buscando terminan por *hacer* vínculos y por *construir* nuevos parentescos.

Make kin, not babies (hacer parentesco, no bebés) reclama Haraway en su libro *Quedarse con el problema* (2019). La autora hace una propuesta, que es política, de transformación de nuestras formas de entender el parentesco más allá de lo biológico. Es una propuesta política porque hacer parentesco y no (tener) bebés permitiría contener la sobrepoblación humana de un planeta ya saturado y sobreex-

plotado. Pero es, al tiempo, una propuesta que nos permite repensar la idea del vínculo de parentesco más allá del lazo biológico, llevándola al terreno del hacer, constituyéndose en la acción.

Ya lo hemos dicho antes con nuestra apuesta por emparentar: el parentesco no “es” o se “tiene”, sino que se hace, es activo y procesual; las formas de vincularse, entre familias y más allá de ellas, son dinámicas y cambiantes. Esa acción permite la constitución de vínculos, pero también que estos se deshagan. El vínculo de parentesco ya no es una entidad, sino una composición momentánea hecha de fragmentos de materialidades e inmaterialidades diversas – sustancias, lugares, relatos u objetos (García, 2019) –, que se densifica o se diluye en el tiempo en función de las circunstancias cambiantes (Carsten, 2007). De la misma forma que las relaciones no están dadas, ni vienen representadas de antemano, sino que cambian a lo largo del tiempo, se puede pensar, como propone Veena Das (2007), que “el tiempo trabaja” esas relaciones, haciéndolas cambiantes, como uno de los agentes que les dan forma. El vínculo se ha de hacer, incluso ser buscado.

Sustanciar

Cuando Janet Carsten (2014) propone la noción de “sustancia” para pensar las materias con las que se *hacen* vínculos de parentesco apunta a la plasticidad de las relaciones y empuja a exploraciones inagotables de los caminos que llevan al vínculo en su infinitud de formas. Proponemos transformar el sustantivo en verbo – sustanciar – subrayando como en “emparentar” y “buscar”, la idea de que los vínculos *se hacen*, *son* hechos y deshechos, y, a la vez, *hacen* cosas y relaciones... Ahora, ¿qué sustancias hacen esos vínculos? ¿a qué sustancias pueden acudir para generar vínculos quienes, cuyo dato, es la desvinculación?

Carsten (2007) define diferentes sustancias de los vínculos: corporales (sangre, flui-

dos sexuales y otros, leche, huesos), materiales (comida, tierra, fotos, documentos), e intangibles (sufrimiento, dolor, memoria, recuerdos). Ángela García (2019) trabaja, por su lado, sobre un material que sustancia las relaciones. Estamos hablando de las cartas entre mujeres de dos generaciones en una comunidad rural hispanohablante de New México que, según la autora, sustancian y sostienen el vínculo no solo entre la remitente y la receptora, sino con la propia antropóloga en la medida en que ella se había convertido en su depositaria. Las cartas no eran únicamente vehículos para el vínculo, eran su condición de posibilidad. Lo interesante en ambos casos es que se cuestiona la idea de la universalidad de una sustancia que serviría para todo vínculo.

“Como mi padre sabe que a mí también me gusta mucho leer, pensó que podríamos leer ciertos libros los dos al mismo tiempo. Él los lee en castellano – el reglamento de la prisión le prohíbe leer en otros idiomas – mientras que yo, en Blanc-Mesnil, leo en francés alguno de esos libros que él tiene en la celda. Eso me sirve de tema de conversación para nuestras cartas semanales, y al mismo tiempo avanzo mucho en mi aprendizaje de la lengua francesa.”

Tomado de Laura Alcoba en su libro autobiográfico *El azul de las abejas* (2021, p. 118-119). Se está refiriendo a las cartas que, en su exilio en París a los diez años, le escribía semanalmente a su padre que, preso durante la dictadura argentina, intentaba sostener el vínculo con su hija.

Las sustancias que constituyen vínculos recorren tiempos, pero no necesariamente de forma lineal ni constante (los estira o los contrae), se activan y se desactivan, se diluyen o densifican en los términos de Carsten (2007), haciendo parentesco y vínculos de una forma fragmentaria y cambiante. Son formas de hacer vínculos, que nos hacen pensar en las “mallas” de las que nos habla Tim Ingold, hechas de “líneas enmarañadas de vida, crecimiento y movimiento” (2015, p. 111), líneas de interacción.

El *hacer* vínculo envuelve, así, tiempos y espacios que conectan, ellos mismos, con sus-

tancias: cosas, objetos, materias corporales o intangibles por hilos imprevisibles, creados y no dados. Tiempo y espacio no son, en ese sentido, representaciones, sino agentes. En su concreción, esos espacios pueden ser casas, calles, lugares improvisados, instituciones, entre otros; entre ellos, están los refugios para diferentes poblaciones: migrantes, refugiadas, tratadas, etc.

En España, hay refugios para víctimas de trata donde pueden residir un tiempo; su nombre habitual es “casas de acogida”. También existen espacios de uso diurno para tomar un café, formarse u otras actividades. En Buenos Aires y São Paulo, donde también he hecho trabajo de campo, son más comunes las segundas y se abren no sólo a víctimas de trata, sino a cualquier mujer que ejerce la prostitución. Siempre me intriga cómo las mujeres llegan a esos lugares. Las organizaciones que proponen estos “servicios” mencionan el boca a boca como clave. Pero todas hacen lo que con diferentes nombres llaman “trabajo de campo”: es decir, se acercan a los lugares de prostitución para que las mujeres conozcan la organización, sus espacios y servicios. En esos contactos ofrecen cosas. Con cosas me refiero a objetos materiales: preservativos, lubricantes, también libros.

¿Por qué dan cosas? ¿para qué ofrecen objetos? El objeto, dirán, les permite el contacto que es el primer paso para el fin que no es otro que establecer un vínculo con las mujeres. El primer día las mujeres suelen rechazar el contacto, incluso el objeto. Pero al cabo de un tiempo con mucho esfuerzo, y gracias a esos objetos, generan un vínculo que permite invitarlas al espacio físico sea este diurno o nocturno (casa de acogida). El objeto permite un vínculo que es con una estructura institucional (estatal o para-estatal como las ONGs) que, además de proporcionarles un servicio, les hacen formar parte de un entramado. No son tan importantes los vínculos en la casa o en el espacio diurno entre quienes la habitan como entre las usuarias y sus gestoras. El objeto-vínculo las hace existir, aunque sea por un pequeño momento.

María Martínez, *Refugios y vínculos institucionales*. Buenos Aires, 10/07/23.

<https://vides.kontulab.eus/refugios-y-vinculos-institucionales/>

Son espacios de refugio donde se desarrollan tareas concretas, necesarias para seguir viviendo y que, en su curso, también sustentan los vínculos: comer o hacer comida, pensar dónde dormir y vivir, ocuparse de la salud y de todo lo implicado en satisfacer las necesidades cotidianas de la vida. Como propone Veena Das (2007), la reconstrucción de la vida, después de la experiencia de destrucción del mundo como era habitado antes (en su caso, por la violencia), tiene un anclaje en lo cotidiano, entre lo que y los que lo habitan.

En una charla sobre las huellas que deja la experiencia de atravesar fronteras para llegar a Europa cuando no se tienen las autorizaciones requeridas por los diferentes estados, mi interlocutora, una señora ya mayor pero ciertamente dinámica, voluntaria de un centro de asistencia a migrantes desde hace más de veinte años, se detiene en un recuerdo.

Fue hace un tiempo ya, me cuenta. Una mujer de Somalia, muy joven, que llegó sola y que casi no hablaba. Venía a menudo al centro [probablemente en busca de ayuda de alguna forma de regularizar su situación administrativa]. Siempre estaba con su *cappotto* (tapado). Era un *cappotto* largo, pesado, oscuro. Siempre lo llevaba cerrado y andaba con los brazos cruzados a la altura de la cintura. Siempre, siempre con el *cappotto*. Y casi no hablaba y cuando lo hacía era en voz muy baja. Muchas veces le dije: sácatelo que hace mucho calor, te va a hacer mal. En verano también lo llevaba puesto. Siempre. Y acá hace mucho calor en verano, eh. Pero bueno, en un momento entendí, entendimos, que había sufrido todo tipo de violencias en su país y durante el viaje, de las más horribles e inimaginables. El *cappotto* era su separación con el mundo, era su escudo... lo que le daba de algún modo la posibilidad de seguir viviendo.

Carolina Kobelinsky. *Catania*. 25/01/2023.

<https://vides.kontulab.eus/cata-10/>

La temporalidad propia de los vínculos a que nos referimos antes remite a las sustancias intangibles que los hacen y los sostienen, creando hilos, sobre todo en términos intergeneracionales. Pensar lo intangible de los vínculos, desde esa perspectiva, nos lleva a la idea

del “contagio” que atraviesa el parentesco (García, 2019). Podemos extender a otros vínculos, con temas, cosas, sentimientos que recorren generaciones y crean la identidad del grupo, sea o no familiar, preservando su presencia e importancia en las relaciones a lo largo del tiempo y de los cuales no se puede escapar. Ya nos referimos antes a cómo el lenguaje del parentesco le da hilo y forma a la experiencia de sufrimiento, permitiendo compartirla.

En ese proceso, la memoria juega un rol decisivo como sustancia inmaterial que produce y es producida por y en los vínculos, asociada a un trabajo de buscar constante, a lo inconcluso de las experiencias que se deshacen sin deshacerse totalmente, porque siguen presentes de alguna manera, como parte de lo que nos constituye. No hablamos, así, de “rescate” de la memoria sino de su persistencia y consustancialidad en las personas, como muestra Octavia Butler, en su novela *Kindred*, en relación al rastro de la esclavitud en la comunidad negra norteamericana. Se trata de pensar la memoria como una labor implicada en la reconstrucción de la vida, un hacer inagotable, que crea conexiones entre los tiempos: vuelve al pasado, pero a través de cuestiones e indagaciones del presente, y nos proyecta a otro tiempo al que llamamos futuro (Sarti, 2020; 2021). Entre las líneas por las cuales la memoria del sufrimiento conecta y da forma a vínculos, mencionamos el trabajo de la antropóloga Grace Cho (2008) en el que discute el lugar de los “fantasmas” en las ciencias sociales, o sea, de cosas y personas que, sin estar, asombran la vida social e individual con su presencia. Lo hace, en lo que denomina auto etnografía, a través de la noción psicoanalítica de trauma intergeneracional, vivido por ella a partir de la experiencia de violencia sexual de su madre durante la Guerra de Corea.

El vínculo es ya un hacer, un emparentar. En ese emparentar debemos fijarnos en cómo juegan las sustancias que permiten o facilitan el vínculo; en qué y cómo se sustancia el vínculo. Esto es, si se quiere, más importante en situaciones en las que el vínculo o

no está dado o queda en cuestión porque no se sustancia en aquello que la tradición heredada nos dice que ha de hacerlo: la sangre. Allí, en situaciones de ruptura de esos supuestos universales como es la desaparición social, el vínculo es posible apoyándose en otras sustancias, todas frágiles, precarias, fragmentarias que han de hacerse, que han de emparentarse.

EMPARENTAR FRAGMENTOS DE REALIDAD. UN EXCURSO TEÓRICO-METODOLÓGICO QUE ES TAMBIÉN UNA PROPUESTA Y UNA CONCLUSIÓN

La desaparición social es un buen nombre para un presente repleto de vidas cada vez menos reconocibles como tales, que lo son tan poco que muchas de las categorías, las herramientas, las nociones y hasta las sensaciones con las que en el pasado supimos pensar, analizar y hasta gestionar el mundo ya no funcionan. Es ese mundo tan *des-*, ¿qué hacer? ¿Cómo entender los lugares en los que sin embargo ese mundo se vive, los refugios que quedan para tanto refugiado desterrado, desvalido, desprotegido? *Refugios* designa aquí algo de manifestaciones muy variadas y dispersas, fugaz, además, pues lo que hoy protege, mañana no. Son realidades quebradizas, móviles, poco duraderas, inestables. Son pedazos de sentido que se enganchan parcialmente, fragmentos de viejas herencias – la identidad duradera, el vínculo sólido, las relaciones estables – que se constituyen como cosas ensamblándose con otros fragmentos, en diálogos cortos y por poco tiempo. Lo hacen por resonancias o correspondencias o refracciones. Producen flashes que hay que tomarse en serio y que nos exigen estar atentas y aceptar riesgos interpretativos. Si habitar esos refugios requiere de un trabajo constante de sus habitantes, que no pueden parar de emparentar, de buscar, de sustanciar para hacer, aun sea por un rato, vínculos ¿cómo han de ser las ciencias sociales que los acompañen?

“Si la realidad es irracional (...) inventemos entonces conceptos irracionales”, dijo Jean Duvignaud (1990, p. 175). Y otro Jean, Baudrillard (1989, p. 24), completó la idea: [la teoría] “tiene que hacerse excesiva y sacrificial para hablar de exceso y sacrificio. Tiene que hacerse simulación si habla de simulación y utilizar la misma estrategia que su objeto”. *Et ainsi de suite*: si de seducción se habla, seducir es lo que el texto debe hacer; y si es de desaparición, pues jugar al escondite, mostrar los bordes, los vacíos, los huecos. ¿Y si es de algo atomizado, precario, quebrado como el mundo de las desapariciones, los desarraigos y los refugios? ¿Qué teoría, qué mirada? Nos inspiramos en nociones como la de patchwork, que elabora Anna Tsing (2017) o en el trabajo de Valeria Luiselli (2019), que trabaja con pedacerías para sugerir un término que sintetice nuestra apuesta, *emparentar*. No es casual que acudamos al mismo término con el que nos acercamos a las acciones de quienes construyen vínculo en situaciones de desaparición social. Es, podría decirse, nuestra manera de acompañarlos. Al igual que Tsing y Luiselli, al igual que los que *se emparentan* para (sobre)vivir, organizamos trozos, cachos, pedazos, restos, y los vinculamos puntualmente en tramas con sentido... que luego se deshacen. Es un patchwork en movimiento, una pedacería organizada, una maraña, una madeja, un enredo, pero con *hilillos* conectados. Emparentar, entonces, es nuestra forma de interpretar el vínculo social cuando se construye en situaciones signadas por las formas contemporáneas de desaparición. En el límite, esta es nuestra forma de dialogar con inquietudes metodológicas de las ciencias sociales contemporáneas (etnografías globales, sociología de la precariedad, escrituras patchwork, ficciones críticas...).

La perspectiva desde la cual nos situamos en este texto implica no esperar discursos enteros ni fotos completas, sino quedarse contentos con oír susurros, guiños, tomarse en serio los pedazos que casi encajan, las imágenes borrosas que indican, pero no cierran. Tomárselos

en serio, en efecto, hacerles caso y asumir que objetos en permanente (des)hacerse requieren textos y campos que reflejen ese movimiento, y eso en todos los momentos de la investigación, los tres momentos del trabajo de *emparentar fragmentos de realidad*: 1) en la investigación de campo, cuando lo que se ve tiene forma de maraña, que enreda sin que se pueda distinguir a las cosas que se miran y a las miradas, en tramas de complicidades que, como tal, tienen que ser necesariamente colaborativas; 2) en la escritura, que es de pedazos que conectan por resonancias e insinuaciones; si es de una persona, sin olvidar la complejidad de las autorías, si es de muchas, requiere ser pensada a cada paso; 3) y en la difusión, en red e inacabada, y con más preguntas que respuestas.

Recebido para publicação em 25 de janeiro de 2024
Aceito para publicação em 01 de maio de 2025

Editor Chefe: Renato Francisquini Teixeira

REFERENCIAS

- ALCOBA, L. *Trilogía de la casa de los conejos*. Madrid: Alfaguara, 2021. 312 p.
- BAUDRILLARD, J. *El otro por sí mismo*. Barcelona: Anagrama, 1989. 90 p.
- BUTLER, J. *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Barcelona: Paidós, 2006. 194 p.
- BUTLER, O. *Kindred*. New York: Doubleday, 1979. 264 p.
- CARSTEN, J. La sustancia del parentesco y el calor del hogar: alimentación, condición de persona y modos de vinculación (relatedness) entre los Malayos de Pulau Langkawi. In: PARKIN, R.; STONE, L. (ed.). *Antropología del parentesco y de la familia*. Madrid: Editorial Universitaria Ramón Areces, 2007. p. 515-542.
- CARSTEN, J. *Cultures of Relatedness: New Approaches to the Study of Kinship*. Cambridge: University Press, 2008. 228 p.
- CARSTEN, J. A. Matéria do parentesco. *R@U. Revista de Antropologia da UFSCar*, São Carlos, v. 6, n. 2, p. 103-118, 2014.
- CASTEL, R. 2002. *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Barcelona: Paidós. 493 p.
- CHO, G. *Haunting the Korean Diaspora*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2008. 264 p.
- DAS, V. *Life and words: violence and the descent into the ordinary*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 2007. 296 p.
- DAS, V. et al. *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2008. 560 p.
- DUVIGNAUD, J. *La solidaridad. Vínculos de sangre y vínculos de afinidad*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1990. 193 p.

- FONSECA, C. La reparación por los derechos violados: dolor y ADN en las narrativas de los segregados compulsivamente por lepra. In: GATTI, G.; MAHLKE, K. (ed.). *Sangre y filiación en los relatos del dolor*. Madrid-Francfort: Iberoamericana Vervuert, 2018. p. 255-274.
- GARCÍA, A. Fragments of Relatedness: Writing, Archiving, and the Vicissitudes of Kinship. *Ethnos. Journal of Anthropology*, [s.l.], n. 85, p. 717-729, 2019. DOI: <https://doi.org/10.1080/00141844.2019.1645190>.
- GATTI, G. (ed.). *Desapariciones. Usos Locales, circulaciones globales*. Colombia: Siglo del Hombre Editores, Universidad de Los Andes, 2017a. 308 p.
- GATTI, G. (ed.). *Un mundo de víctimas*. Barcelona: Anthropos, 2017b. 432 p.
- GATTI, G. The social disappeared: Genealogy, global circulations, and (possible) uses of a category for the bad life. *Public Culture*, Durham, v. 32, n. 1, p. 25-43, 2020.
- GATTI, G. *Desaparecidos. Cartografías del abandono*. Madrid: Turner, 2022. 236p.
- GATTI, G.; MAHLKE, K. (ed.). *Sangre y filiación en los relatos del dolor*. Madrid-Francfort: Iberoamericana Vervuert, 2018. 280 p.
- HARAWAY, D. *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao: Consonni, 2019. 368 p.
- IMAZ, E. Rebiologización en las familias de elección. Lesbomaternidad y uso de tecnologías reproductivas. *AIBR*, [s.l.], v. 3, p. 405-18, 2016.
- IMAZ, E. "Quem nuptiae demonstrant". Algunas consideraciones sobre filiación y maternidades lesbianas desde la antropología. *Athena Digital*, Barcelona, v. 18, n. 1, p. 113-128. 2018. DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.2306>
- INGOLD, T. *Estar vivo. Ensaíos sobre movimento, conhecimento e descrição*. Trad. de Fábio Creder. Petrópolis: Vozes, 2015. 392 p.
- IRAZUZTA, I. Buscar como investigar: prácticas de búsqueda en el mundo de la desaparición en México. *Sociología y tecnociencia*, Valladolid, v. 10, n. 1, p. 94-116. 2020.
- JIMENO, M. Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia. In: ORTEGA, F. A. (ed.). *Veena Das. Sujetos de dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2008. p. 261-292.
- KOBELINSKY, C. Exister au risque de disparaître. Récits sur la mort pendant la traversée vers l'Europe. *Revue européenne des migrations internationales*, [s.l.], v. 2, n. 3, p. 115-131. 2017.
- LE BLANC, G. *Vies ordinaires, vies précaires*. Paris: Seuil, 2007. 300p.
- LEITE, M. As mães em movimento. In: BIRMAN, P.; LEITE, M. (org.). *Um mural para a dor: movimentos cívico-religiosos por justiça e paz*. Porto Alegre: Editora da UFRGS, 2004. p. 141-190.
- LEWKOWICZ, I. *Pensar sin Estado. La subjetividade en la era de la fluidez*. Buenos Aires: Paidós, 2004. 252 p.
- LUISELLI, V. *Desierto sonoro*. Madrid: Sexto Piso, 2019. 464p.
- MARTÍNEZ, M. "La familia lo es todo" en la violencia de género. In: GATTI, G.; MAHLKE, K. (ed.). *Sangre y filiación en los relatos del dolor*. Madrid-Francfort: Iberoamericana Vervuert, 2018. p. 87-103.
- PATTERSON, O. *Slavery and social death*. Harvard: University Press, 1982. 560 p.
- PÉREZ-AGOTE, A. *La sociedad y lo social: ensayos de sociología*. Leioa: UPV/EHU, 1989. 178 p.
- PORQUERES, E. La persona mediadora: el parentesco a la luz de la cosmología. *Ankulegi. Revista de Antropología Social*, Donostin, v. 16, p. 11-27, 2012.
- RAMOS TORRE, R.; GARCÍA SELGAS, F. J. (ed.). *Incertidumbres en las sociedades contemporáneas*. Madrid: CIS, 2020. 276 p.
- REA, D. Desaparecido es un lugar. *Texto y video*, 2022. Disponible en: <https://landscapes.globalinitiative.net/index.html>. Acceso en: el 03 dez. 2023.
- SAHLINS, M. *What kinship is-and is not*. Chicago: University of Chicago Press, 2013. 120 p.
- SARTI, C. *A família como espelho: um estudo sobre a moral dos pobres*. 7. ed. São Paulo: Ed. Cortez, 2011. 152 p.
- SARTI, C. Rastros da violência: a testemunha. *Sociologia & Antropologia*, Rio de Janeiro, v. 10, n. 3, p. 1023-1042, set./dez. 2020.
- SARTI, C. Figurations of pain: memory through life. *Sociologia & Antropologia*, Rio de Janeiro, v. 11, n. 3, p. 817-842, set./dez. 2021.
- SCHNEIDER, D. *A critique of the Study of Kinship. A Cultural Account*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1984. 208 p.
- SEGALEN, M. (ed.). *Jeux de familles*. Paris: Presses du CNRS, 2002. 240 p.
- SHORTER, E. *El nacimiento de la familia moderna*. Buenos Aires: Anesa, 1977. 360 p.
- SOSA, C. *Queering Acts of Mourning in the Aftermath of Argentina's Dictatorship: The Performances of Blood*. London: Tamesis Books, 2014. 206 p.
- STOLER, A. *Imperial debris: On ruins and ruination*. Durham: Duke University Press, 2013. 384 p.
- TSING, A. L. *Le champignon à la fin du monde. Sur la possibilité de vivre dans les ruines du capitalisme*. Paris: Les empêcheurs de penser en rond-La Découverte. 2017. 416 p.
- VALERO, A. La muerte de la familia: mito o realidad. MOYA, C., PÉREZ AGOTE, A. et al. *Escritos de teoría sociológica en Homenaje a Luis Rodríguez Zuñiga*. Madrid: CIS, 1992. p. 1127-1143.
- VECCHIOLI, V. Las víctimas del terrorismo de Estado y la gestión del pasado reciente en la Argentina. *Papeles del CEIC*, Leioa, n. 90, p. 1-30. 2013. DOI: <https://doi.org/10.1387/pceic.12393>.
- VIANNA, A., FARIAS, J. A guerra das mães: dor e política em situações de violência institucional. *Cadernos Pagu*, Campinas, n. 37, p. 79-116, jul/dez. 2011.
- WEBER, F. *Le sang, le nom, le quotidien. Une sociologie de la parenté pratique*. La courneuve: Aux lieux d'être, 2013. 264 p.
- WESTON, K. *Families We choose: Lesbians, Gays, Kinship*. New York: Columbia University Press, 1991. 261 p.
- WYNTER, S. Unsettling the coloniality of being/power/truth/freedom: Towards the human, after man, its overrepresentation – An argument. *CR: The New Centennial Review*, [s.l.], v. 3, n. 3, p. 257-337. 2003. DOI: <https://doi.org/10.1353/ncr.2004.0015>.

CONTRIBUIÇÃO DE AUTORIA:

Gabriel Gatti – Conceitualização. Administração do projeto. Escrita - esboço original. Escrita - revisão e edição.

Elixabete Imaz – Conceitualização. Escrita - esboço original. Escrita - revisão e edição.

Maria Martinez – Conceitualização. Investigação. Escrita - esboço original. Escrita - revisão e edição.

Cynthia Sarti – Conceitualização. Escrita - esboço original. Escrita - revisão e edição.

Gabriel Gatti – Doutor em sociologia. Professor do Departamento de Sociologia e Trabalho Social da Universidade do País Basco e coordenador do programa “Um mundo de vítimas”. Integra e dirige o grupo Kontu Laborategia. Contar la investigación de frontera” e o projeto “Vidas descontadas”. Seu livro mais recente é *Desaparecidos. Cartografías del abandono* (2022).

Elixabete Imaz – Doutora em antropologia, pela Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea. Professora do Departamento Filosofía de los Valores y Antropología Social de la UPV/EHU. Suas principais linhas de investigação são parentesco e famílias; antropologia do corpo e de la reprodução. Entre as suas publicações destacam-se *Convertirse en madre. Etnografía del tiempo de gestación* (Feminismos-Cátedra, 2010)

Maria Martinez – Doutora em sociología, pela Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea. Professora do Departamento de Sociología III (Tendencias Sociales) de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (España). Suas mais destacadas e recentes publicações são: *Identidades en proceso* (CIS, 2019); *Violencia, vulnerabilidad y víctima. Categorías y mecanismos desaparecedores* (Runa, 2024).

Cynthia Sarti – Professora titular sênior em antropologia na Universidade Federal de São Paulo (Unifesp). Pesquisadora do CNPq e membro da Cátedra Edward Saïd de Estudos da Contemporaneidade da Unifesp. Livre Docente pela Escola Paulista de Medicina desta universidade e Doutora em Antropologia pela Universidade de São Paulo. Atualmente é assessora científica da área de Antropologia na Fapesp (Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado de São Paulo). Suas áreas de interesse, em torno das quais giram suas publicações, são: memória, exílio, sofrimento, dor e violência; doença e saúde; moralidades; família e gênero.

THE UNCERTAIN PATHS OF THE BOND

*Gabriel Gatti
Elixabete Imaz
Maria Martinez
Cynthia Sarti*

This text aims to propose some ways to respond to a demand, that of rethinking the notion of social bond. The demand is the result of a widespread debate in the field of social sciences, especially those dedicated to the study of kinship, which questions the validity of the theoretical tools inherited to think about social bonds. This demand is specially meaningful when we encounter empirical situations of what we call “social disappearance”, that is, the systematic production of fractured lives, of existences in which what gave consistency and meaning to life, including bonds, is broken. Moving away from apocalyptic arguments, which predict the hopeless collapse of life, and also from other more naive ones, confident in its recovery, we propose to understand social bonds in situations in which they seem to be denied, thinking it in the field of an action that is articulated through three verbs: to relate, to seek, to substantiate. We close the text by wagering that this movement must be accompanied by a rethinking of our ways of doing social sciences.

KEYWORDS: Bond. Social disappearance. Precarious lives. To relate.

OS CAMINHOS INCERTOS DO VÍNCULO

*Gabriel Gatti
Elixabete Imaz
Maria Martinez
Cynthia Sarti*

Este texto tem como objetivo propor formas de responder a uma demanda, a de repensar a noção de vínculo social. Esta demanda resulta de um debate, generalizado no campo das ciências sociais, especialmente entre aquelas dedicadas ao estudo do parentesco, que questiona a validade das ferramentas teóricas herdadas para pensar o vínculo, e especialmente quando nos deparamos com situações empíricas típicas do que chamamos de “desaparecimento social”, ou seja, a produção sistemática de vidas fraturadas, de existências em que se rompe aquilo que dava consistência e sentido à vida, incluindo os vínculos. Afastando-nos tanto de argumentos apocalípticos, que preveem o colapso irremediável da vida social, como de outros mais ingênuos, confiantes em sua recuperação, estamos empenhados em compreender o vínculo em situações em que ele parece negado ou insustentável, pensando-o no terreno prático de um fazer constante, que se articula em três verbos: emparentar, buscar e substanciar. Encerramos o texto com a convicção de que esse movimento envolve necessariamente repensar nossas formas de fazer ciências sociais.

PALAVRAS-CHAVE: Vínculo. Desaparecimento social. Vidas precárias. Emparentar.